

EL MONITOR

DE LA

EDUCACION COMÚN

PUBLICACION DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

PRESIDENTE: — Dr. D. BENJAMIN ZORRILLA

Vocales: D. F. de la Barra, D. Carlos G. Spano, Dr. D. F. Martin y Herrera, Dr. Julio A. Garcia

SECRETARIO: — D. Trinidad S. Osuna

DIRECTOR: D. Juan M. de VEDIA — REDACTOR: D. Antonio ATIENZA y MEDRANO.

REDACCION

LAS NUBES

Adrián i Cristina son hermanos. Cuenta ella unos diez años de edad, i él poco mas de once. Ambos asistían á la escuela i estudiaban cuanto podían. Entraban en clase á la hora en punto, permanecían en ella juiciosamente, i, cuando volvían á su casa, besaban á sus padres, (á quienes amaban con exquisita ternura), les daban cuenta de lo que habían aprendido, i se disponían a preparár las lecciones del siguiente día sin pensar en el descanso, que tan necesario les era. ¡Cuántas veces había tenido la madre que obligarlos á jugar un rato!

Pero su afán tenía una medida: se juzgaban con derecho á no estudiar en los días Domingo, porque el abuelo, hombre metódico en extremo, les había inculcado constantemente que los domingos se habían hecho para el descanso.

Dos o tres días hacía que su buena madre, doña Tránsito, les había prometido hacér con ellos, el próximo Domingo, una excursión por el campo. Saldrían en coche, estarían un buen rato en la quinta de una familia amiga, i los dos hermanos jugarían allá, de mil maneras, con Cecilia, con Calixto i con Blas, todos ellos alegres i afectuosos.

No pensaron desde aquel día en mas que sus lecciones y su paseo. Cristina, especialmente,

se imaginaba mil cosas y se formaba mil proyectos, que eran luego sustituidos por otros, á cual mas ingenioso ó extravagante.

El Sábado, al tiempo de almorzar, observó Adrián que su hermanita había suspendido la comida, que permaneció un rato silenciosa, con los ojos fijos en un punto cualquiera, completamente abstraída o ensimismada, i que se sonreía de cuando en cuando, como si algún pensamiento la halagase. La interrumpió exclamando:

—¡Cristina!

—¿Qué, Adrián? contestó la interpelada sin salir completamente de su distracción.

—¿En qué piensas?

—¿Yo? Pensaba.... ¡qué sé yo! ¡en tantas cosas! Me figuraba que ya estábamos en el día de mañana, que habíamos llegado a la quinta, que Calixto, Blas y Cecilia nos habían recibido con muchas cosas magníficas, que.... Y, oye: (agregó bajando la voz i con aire misterioso) tengo un proyecto, ¡un gran proyecto! Si lo conocieras....

—¿Cuál? Dímelo.

—¡Ah! es un secreto. Sí, señor, un secreto que mañana se revelará.

—¿Porqué no hoy?

—Mañana, caballero; mañana, si usted no se enfada. ¡Oh! mañana será un gran día. ¿Es verdad, mamá, que nos divertiremos mucho?

—Así lo espero. Mas, apurad ahora el almuerzo, que es hora de ir á la escuela.

—Tienes razón, mamá, observó Adrián.

—¡Si estoy medio loca de contento! agregó Cristina. No sé casi lo que digo.

Terminaron el almuerzo los dos niños i marcharon precipitadamente á la escuela.

Apenas volvieron de ella, se dedicaron á ejecutar las tareas que les habían prescripto para el Lunes. Pensaban juiciosamente que era necesario cumplir ante todo con las obligaciones.

Excusado es decir que Cristina pasó la noche durmiendo y soñando. Se despertó el Domingo al amanecer; i fué tal su alboroto, que despertó á todos los de la casa antes de tiempo.

No del todo vestida aún, salió al patio i miró al Cielo. Estaba azul i limpio en todo el espacio que las casas vecinas no ocultaban. El aire estaba tibio. El sol doraba la parte superior de las paredes inmediatas, pero con un color pálido que carecía de brillantez.

Sin embargo, entró Cristina corriendo i anunció á todos que el día estaba lindísimo. Saltaba, corría, gritaba, se reía sola. Estaba hecha una loquilla. Adrián, menos expansivo, sentía un placer vivo, pero mas disimulado. Cristina no se conformaba con esta aparente indiferencia. Queriendo comunicar á todos su animación, tomó de la mano á su hermano i lo llevó al patio invitándolo á que gozase con el bello espectáculo del Cielo. Adrián confirmó, sonriéndose, que el día era, efectivamente, bueno.

—¿Bueno? ¿nada mas que bueno? ¡Espléndido! (corrigió Cristina con cierto tonillo de reproche).

Era necesario almorzar antes de salir. La impaciente criatura miraba al reloj cada cinco minutos, i se enfadaba por la lentitud con que marchaban las agujas. Nunca habían sido tan calmosos aquel minuterero i aquel horario. Iba al comedór i se encontraba con que no estaba puesta la mesa. Corría á la cocina i.... ¡ni fuego en el fogón! ¿Qué le acontecía al reloj? ¿Qué hacía la criada? ¿Qué la cocinera? Era visible que todos conspiraban contra ella. ¡Hasta su padre! que con una flema sin igual le repetía:

—No seas así, niña. Deja en paz á la gente. ¿No ves que recién van á ser las ocho?

Nada fué todo ésto, comparado con lo que sucedió mas tarde, cuando vino Adrián algo angustiado en verdad, diciendo:

—Me parece que se echa á perder el tiempo: el Cielo se nubla.

Cristina oyó el anuncio como si sintiera que le partieran el corazón. Pálida cual un cadáver, pero rápida como un relámpago, corrió al patio. La luz se avivaba i se debilitaba por instantes. En el centro del Cielo, acá i allá, aparecían manchas pequeñas, aisladas i blanquecinas: eran nubes. Cristina no miró aquello sin profundo disgusto; pero, disimulando su impresión, se contrajo á decir «que no había causa para alarmarse.»

Adrián seguía observando el Cielo entretanto, con demostraciones de sorpresa. Había notado hasta entonces que las nubes suelen venir de algún lado del horizonte, empujadas por algún viento. ¿Cómo ésas que veía se habían formado allí, donde estaban en medio de un cielo claro? Y se agrandaban rápidamente, i su color blanco se hacía gris i se oscurecía, i se cambiaban las formas, i se acercaban, i se unían, resultando extensas sábanas, que proyectaban sombras sobre la tierra. Expuso el hecho á su padre, i

—Papá: ¿cómo es eso? le preguntó.

El padre de estos niños era condescendiente i muy bondadoso.

—Ese hecho, que tanto ha llamado tu atención, se explica sin dificultad. ¿Sentiste frío hoy temprano?

—Al contrario: el tiempo estaba templado, demasiado templado quizá. Y, además, húmedo. Las aceras del Norte estaban mojadas hace un momento, i secas las del Sud.

—¿Cómo te explicas esta diferencia?

—Según el maestro nos lo ha explicado, depende de que las aceras del Norte permanecen frías por estar á la sombra, i enfrían i condensan el vapor de agua que contiene el aire i que está en contacto con las lozas. Este contacto del vapor condensado moja la piedra. Las aceras del Sud, expuestas al Sol,

se calientan, comunican su calor al aire, lo secan en la capa inferior i la piedra no se humedece

—Es posible que no influya en el fenómeno solamente la diferencia de temperatura; pero basta ella para explicarlo en general. Ahora bien: ¿porqué no se condensaron antes de las ocho los vapores de que están sobrecargadas las capas superiores de la Atmósfera? Porque el aire era cálido. ¿Porqué se condensaron después?

—Papá: me parece que no hace ahora mas frío.

—No acá, en donde estamos; pero sí arriba. Es indudable que ha venido alguna corriente fría i seca de algún lado. Esa corriente ha condensado los vapores que ha hallado al paso. Así se han formado las nubes ante tus ojos.

—Me parece claro. Y..... Oyes papá; ve tú lo que me ocurre: si luego viniese de otro lado un viento caliente y seco ¿no se evaporarían las nubes?

—Ciertamente. Así es como desaparecen a menudo.

Cristina que escuchó este diálogo con oído atento, concibió alguna esperanza por las últimas palabras del padre.

—¿Es decir, mamá, que es posible que tengamos una tarde sin nubes, una hermosa tarde?

—No es seguro que la tengamos, pero tampoco es imposible.

—No es seguro..... ¡Qué no podamos estar seguros! ¡Un paseo como el que íbamos a hacer! ¿No es de sentir que lo perdamos, mamá? (dijo Cristina) con los ojos cargados de lágrimas i casi sollozando.

Doña Tránsito participaba de la justa pena de su hijita, no por sí; por ésta i por su hermano. Quería consolarlos. ¿Cómo? Empresa difícil. Empero, tomó con ternura las manos de Cristina i le dirigió estas palabras:

—Nunca esperes demasiado, hija mía. En lo que acaba de ocurrir teneis un ejemplo de la inseguridad de la suerte. Eras feliz hace dos horas; ahora suíres. Ha bastado un cam-

bio de aire para que a la dicha sucediera la amargura. Puede bastar otro cambio de aire nó menos brusco, para que pases de la tristeza a la alegría. No es posible escapar completamente del influjo del mundo en que vivimos; pero sí podemos atenuár los efectos. Cuando nazca en vosotros la esperanza, refrenadla por el temor que se desvanezca; i cuando, al contrario, os sintáis oprimidos por la desesperación, pensád en que ni la adversidad es invariable.

F. A. BERRA

Ejercicios y trabajos para los niños

SEGÚN LOS

MÉTODOS Y PROCEDIMIENTOS DE PESTALOZZI Y FRÖBEL

POR

MADAMA FANNY CH. DELON Y M. CH. DELON

(Véanse los núms. 162 y 182)

INTRODUCCIÓN—DEL MÉTODO INTUITIVO

LAS VARILLAS

Las «varillas» de Froebel están especialmente destinadas á servir de materiales en una serie de ejercicios variados, relacionados con la geometría y el dibujo. Están destinadas á representar *líneas*. El niño la agrupa en disposiciones simétricas, ó se sirve de ellas para figurar el contorno de diversos objetos de forma elemental: las dimensiones determinadas de las varillas conducen naturalmente á cierta regularidad. Vencidas así las dificultades del trazado, encuentra placer é interés en lo que constituye para él un primer *dibujo*. El golpe de vista, el sentimiento del orden, el gusto por las formas regulares tienen mucho que ganar con estos ejercicios: por lo demás, esto se notará cuando se ponga en manos de los alumnos la pizarra y el lápiz para los primeros trazados lineales. Las disposiciones simétricas realizadas serán analizadas bajo el punto de vista de la forma geométrica, tanto como lo permitan la edad de los alumnos y